

La obra de Cristina Navarro a través de los años no ha sufrido ningún cambio, pero sí una gran evolución, tanto de tipo iconográfico como técnico. La personal iconografía de los aspectos estéticos vertidos en sus realizaciones permanece, en la mayor parte de los casos, totalmente potenciada, por ese consciente infantilismo, ese volver a un algo ya vivido y del cual en cierto modo se siente añoranza.

El cuadriculamiento de sus realizaciones denota un juego de gradaciones coloristas y cromáticas —evidenciadas por la fina línea divisoria— y de elementos recordatorios de un algo interno expresados por vía de la poesía, tanto escrita como subyacente. Suavidad sin edulcoración, espacios en blanco, coloreados, sueños íntimos y un halo de soledad y añoranza que residen en un ayer cercano en la mente. Nocturnidad sin alevosía, luminosidad sin exceso lumínico y técnica minuciosa, pensada y recreada, nos hablan de lo que de investigativo tiene su obra.

Si hemos hablado de lo poético, no por ello hay que dejar fuera lo literario de sus viñetas, provocadoras e incitadoras a una lectura seriada, casi obligada que nos descubra el mensaje interno de sus motivaciones en parte utópicas. Mundos surreales e ingenuistas se asoman a estos lienzos y a estos grabados, para, de una manera narrativa y a través de elementos sueltos, hacernos caminar —pasear— por el interior de una historia suave y profunda que cataliza los recuerdos de un ayer que puede ser futuro o los de un mañana recordatorios de un ayer; todo ello inscrito dentro de un presente cercano a la irrealidad.

Cristina Navarro, en cierto modo, se delata a sí misma en sus “escritos” inscritos en la obra, se sinceriza con rubor no escondido entregando parte de su yo interno para el análisis y la contemplación del espectador. Así es y así nos parece ella y su obra; en este caso ni se puede ni se debe desligar una cosa de la otra —la propia persona—.

José Garnería  
Abril, 1982